

LA CRISIS POLÍTICA GOLPE DE ESTADO Y RESISTENCIA

UNA ANÁLISIS ANARQUISTA DE LA COYUNTURA POLÍTICA EN BRASIL



PRIMAVERA DE 2017

ESTE TEXTO Y MUCHOS OTROS SE ENCUENTRAN DISPONIBLES
PARA LECTURA Y COMPARTIR EN EL SITIO:

FACCAOFICTICIA.NOBLOGS.ORG

1. INTRODUCCIÓN: GOBERNANDO SIN ELECCIONES

En 2016, el parlamento brasileño destituyó la Presidenta Dilma Rousseff del Partido de los Trabajadores (PT) después de acusarla de cometer “irregularidades fiscales” conocidas como pedaladas fiscais. En 17 de abril, la votación por el pedido de destitución en la Cámara de los Diputados fue transmitida en directo como un partido de fútbol: todo el país vio los políticos declarando que ellos habían votado en nombre de Dios, Jesús, de la Familia, buenos moralistas y en memoria de los torturadores y asesinos de la Dictadura Militar (1964-1985). En el fin de este perturbador espectáculo, 367 de los 513 diputados votaron para que la presidenta dejara su puesto. Dilma Rousseff temporalmente se retiró y su vicepresidente, Michel Temer del partido PMDB, tomó cargo en el interinamente. Cuatro meses después, en 31 de agosto, el Senado finalmente adoptó definitivamente la destitución por 61 votos contra 20 y Temer se tornó presidente, se comprometiendo con una reestructuración radical de todo gobierno y sus ministerios. Era el fin de los 13 años de poder del PT, la mayor permanencia de un partido político en la presidencia del país desde su redemocratización.

Los diputados y senadores que votaron por la destitución de la presidenta son las voces políticas de la élite industrial y agraria de Brasil, y muchos de ellos también son Cristianos Protestantes. Todo el proceso fue abiertamente respaldado por los medios de comunicación convencionales y por movimientos conservadores en general – los mismos grupos que actúan por detrás de las reaccionarias protestas “anti-corrupción” que tomaran hogar en centenas de ciudades.

La queda del gobierno del PT marcó el inicio de un futuro aún peor para toda la clase trabajadora así como para las personas que viven en las periferias/guetos, población indígena, y negros y LGBTQI. Los beneficios económicos y sociales implementados por el partido de Lula y Dilma son insignificantes para las élites tradicionales. Sin Dilma, el PMDB del Sr. Temer y sus aliados, prontamente implementaran medidas agresivamente neo-liberales y anti-populares para atender la demanda de los ricos. Cuando Temer tomó el poder, él actuó como si él no fuera electo en el mismo plan de gobierno de Dilma. Él

empezó a ejercitar su propio proyecto de mandato, uno que representa las élites políticas y económicas que fueran utilizadas para mandar solas por décadas ahora – con o sin la victoria en las votaciones.

Pero la estrada que lleva a la destitución de 2016 es más larga y compleja que la dicotomía entre traidores y traídos. Antes de ser traído por sus aliados, el PT traicionó sus propios principios y muchos de aquellos que le apoyaban en el sentido de tomar control del gobierno desde el principio. Para mejor comprender la actual crisis política en Brasil, necesitamos analizar la trayectoria política que nos ha traído aquí.

NO UNA LUCHA DE CLASES, PERO UN PACTO DE CLASES

La única razón por la cual Michel Temer es hoy presidente del Brasil es porque el PT le invitó para servir a Dilma de vicepresidente. Esa fue una movida que hacía parte de la estrategia de PT para reconciliar un conflicto de clase. De cualquier manera, el plano fracasó, y en el fin Temer mordió la mano que le alimentó. Como Temer, los grandes grupos económicos interesados no estaban ausentes del gobierno de Lula o Dilma. Mismo cuando el PT estaba en el poder, esas élites estaban allí detrás de la escena cooperando cuándo era conveniente para ambos los lados.

El PT utilizó una estrategia muy lista de reconciliación de clase para ganar las elecciones de 2002. En su “carta al pueblo brasileño”, Lula intentó acalmar el mercado financiero y todos los que temían la victoria de un presidente pro-unión. En la carta, él escribió que tenía la intención de respetar los compromisos del estado con la deuda externa y no tomar ninguna medida unilateral. Como era de se esperar, cuándo el partido izquierdista PT ganó poder, él no se hizo enemigo de las élites, pero sí un aliado en el proceso del desarrollo capitalista.

Durante los gobiernos de Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2008) y Dilma Rousseff (2011-2016), Brasil se tornó una figura emergente en la economía mundial basada en producción de producto primario, altos precios internacionales, la creación de 1.5 millones de empleos, y garantizando nuevo poder de compra a los pobres, principalmente por la expansión del micro crédito (ej. masivo endeudamiento de los pobres y de la clase media baja). Mientras, el débito público solo crecía; los bancos y el sistema financiero se estaban beneficiando a niveles históricamente altos.

El que fue decisivo en ese escenario fueran las condiciones favorables fuera de Brasil. La crisis financiera de 2008 tuvo un efecto devastador en el mercado de EEUU y de Europa. Como consecuencia, el capital de los países centrales – EEUU y Europa – fueron invertidos en los países periféricos. Además, China siguió creciendo y se tornó el más importante aliado internacional de Brasil, comprando materias primas y vendiendo productos industrializados. Esa alianza de cambio proporcionó los recursos para implementar los masivos programas sociales que sacaran 45 millones de personas de la pobreza. Pero las intenciones de Lula no eran puramente benevolentes: él convenció a las ricas élites que incorporando regiones empobrecidas y personas de vuelta a la economía, podría estimular la economía y promover nuevas oportunidades para la élite del país ganar aún más dinero.

Programas fiscales que facilitaban el acceso al crédito personal también fueron introducidos en este tiempo. Eso fue una movida estratégica que expandió el mercado doméstico para beneficiar a las poblaciones excluidas por más oligarquías políticas por décadas, como en el Nordeste de Brasil y en la mayor parte de las vecindades urbanas pobres y las favelas. En un corto espacio de tiempo, todas esas personas recibían beneficios económicos sin precedentes. Ya que la gran mayoría de la población de Brasil es pobre, el Partido de los Trabajadores aseguró una política suficientemente sólida para ser electa otros cuatro años.

En corto plazo, ambos los ricos y los pobres tuvieron sus necesidades satisfechas. El efecto fue uno de los apaciguamientos sociales, causando la muerte de las bases de los movimientos sociales. Los líderes sindicales eran electos en las posiciones gubernamentales y como resultado ellos pararon de oponerse a las políticas de gobierno, no importando el cuán reaccionarias ellas eran. La reforma agraria prácticamente cesó cuando Lula llegó al poder y bajo la administración de Dilma Rousseff, y la demarcación de tierras indígenas fue la menor en la historia de la era democrática. El PT escogió priorizar los intereses del agonegocio y del latifundio (grandes propiedades de terratenientes pertenecientes a los ricos) a garantizar a las personas indígenas y familias campesinas el derecho a la tierra.

El PT se moldeó como el partido del pueblo, el partido que se ocupaba de los trabajadores y de los pobres. Pero dentro de los palacios, apretaba manos con los conservadores, corruptos, y grupos neoliberales que tomaran la economía



Belo Horizonte, 31 de marzo de 2017: “Ningún gobierno es una opción”

mientras el PT administraba la reestructuración social y las políticas públicas. Corrupción, soborno y otros medios ilegales fueron esenciales para el PT; ellos se tornaron un partido tan deshonesto como cualquier otro en el poder.

EL DECLIVE DE UNA IZQUIERDA LATINO AMERICANA

En las dos últimas décadas, mucho de Latino América se ha cansado de la derecha burguesa tradicional. Eso abrió un espacio para la emergencia de gobiernos populares de izquierdas en muchos países. Países como Venezuela, Bolivia, y Ecuador escogieron el camino “Bolivariano” - una combinación de posiciones anti-imperialistas, anti-neoliberales, y anti-oligárquicas. Esa posición ganó eminencia en países donde estados autoritarios se volvieron contra sus poblaciones. Otros países como Chile, Uruguay, y Brasil formaron coaliciones entre partidos social-demócratas y neo-liberales, uniendo partidos de izquierdas con otros de centro o moderados para preservar las doctrinas neoliberales y el llamado “Consenso de Washington”. Ellos siguieron aplicando medidas progresivas, instituyendo programas sociales que mínimamente mejoran las condiciones económicas de los pobres sin nunca desafiar las estructuras que producen y mantienen la desigualdad.

Programas sociales como el Bolsa Família se tornaran renombrados mundialmente. El gobierno de Lula cuenta sacar 45 millones de personas de la pobreza como uno de sus mejores logros. Pero Bolsa Família no es nada más que una Transferencia Monetaria Condicionada (TMC), programa recomendado por las instituciones financieras que sirven los ricos como el FMI. El promedio de 176 reales garantizados para cada familia (cerca de 55 dólares) hace una diferencia para millones de personas que no tienen nada. Entretanto, esa suma es nada comparada con los beneficios desempleo y otros programas sociales que existen en países ricos como Francia o Alemania. Además, ese dinero no garantiza que esa clase excluida será realmente integrada en la economía: sólo permite a las personas compraren bienes de consumo. No garantiza acceso a casa o mejor educación, dos cosas que serían el mejor que Brasil podría dar para la población pobre, la proyección de una mejora a largo término en la posición social.

La utilización estratégica de esas políticas económicas y sociales ayudaran Lula a llegar al poder y mantener su posición. Después de perder tres elecciones presidenciales consecutivas (1989, 1994, 1998), el PT tomó una posición moderada. Escogió el típico camino de la social democracia: un socialismo que cambia la lucha revolucionaria por la competencia electoral para controlar el estado y llevar a cabo políticas sociales de emergencia. En la práctica, ese proyecto de gobierno abandonó la lucha de clases para buscar la conciliación de clases que más beneficia las élites. Sin embargo, el PT ha hecho un error estratégico: ellos creyeron que si ellos gobernasen para beneficiar la vieja élite, ellos podrían ser considerados parte de la élite. La élite no da la bienvenida a nuevos miembros y usualmente son auto-suficientes. Mismo cuando ellos trabajaran con políticos de derechas, agro-empresarios, y conglomerados industrial, para la vieja élite Lula y el PT todavía representan la imagen de la clase trabajadora, de los pobres, de las personas negras, y de los izquierdistas.

Fue la élite misma, no las clases pobres, que decidieran quebrar el pacto creado por el Partido de los Trabajadores. Ellos aprovecharan la oportunidad así que se dieran cuenta que no era más necesario mantener el acuerdo anterior. El problema no era el de que los pobres estaban recibiendo dinero, pero que los ricos no estaban ganando el suficiente. Los años pasaran, las condiciones económicas en el resto del mundo empeoraran, y finalmente la recesión alcanzó Brasil. Cuando eso pasó, la solución de Dilma fue intentar quebrar los acuerdos que

proporcionaban seguridad para las élites desde los primeros años de la era Lula. El pacto ya no era suficiente, y las mismas élites detrás: industria, agronegocio, y bancos demandaban el puro neoliberalismo. Ellos rápidamente se juntaron con sus aliados parlamentares y reorganizaron su agenda para imponer políticas de austeridad que provocó recortes drásticos en el bienestar y en la educación al tiempo que redujo los derechos y las libertades.

Como argumenta Temer, la moción de la destitución empezó cuando Dilma se negó a aceptar el proyecto neoliberal conocido como “Un puente hacia el Futuro”, que fue designado por el PMDB en 2015. El plan era pagar la deuda pública a los bancos utilizando dinero que de otra manera iría a la educación, salud, y programas sociales. La acusación de corrupción llegó después, como un pretexto más legitimado de retirar la presidenta. Eduardo Cunha, también del PMDB, aceptó el pedido de destitución contra Dilma Rousseff en Diciembre del año bajo acusaciones de “irresponsabilidad fiscal” y posible relación con el escándalo de corrupción revelado por la inmensa operación policial, Lava Jato.

Las tajadas de aprobación del gobierno, que llegaron a alcanzar 80% tres años antes, cayeron para sólo 8% después de los masivos ataques contra ella por el judicial del país y por la media. Dilma Rousseff cerró las puertas que habían sido abiertas.

Eso no solo pasó en Brasil: los proyectos de izquierdas de los gobiernos de Latino América están perdiendo impulso y no es sorprendente que muchas personas están cansadas de esperar por profundos cambios sociales y económicos y ahora están siendo seducidas por los discursos de derechas. Las élites locales ya hicieran atentados a golpe de gobierno en Venezuela, Ecuador, y Bolivia. En Honduras y Paraguay, las élites tienen sucedido en destituir presidentes democráticamente electos que intentaran implementar reformas superficiales que no beneficiarán los ricos. En Argentina, el Peronismo de Cristina Kirchner regaló el camino al neoliberal Mauricio Macri. Venezuela, el primer país a elegir un presidente socialista Bolivarianista en la virada del siglo, entró en una profunda crisis económica que parece no tener solución en vista. En Bolivia, Evo Morales, el presidente campesino y indígena, decepcionó las uniones de ciudades y movimientos campesinos y perdió un referendo que podría permitir el presidente a concurrir por tercera vez. Prometiendo verdadera justicia social y igualdad económica, que no pueden ser realizadas en el capitalismo, la Izquierda estimuló una desilusión popular que va a encorajar a los políticos de derechas a traer de vuelta un puro neoliberalismo o algo peor.

2. EL GOLPE: “LUCHANDO CONTRA LA CORRUPCIÓN” COMO UNA ARMA CONTRA ENEMIGOS POLÍTICOS

“Para mí no hay duda de que la peor de las democracias es siempre preferible, si es que quizás solo desde el punto de vista educativo, que la mejor de las dictaduras. Por supuesto que la democracia, el así llamado gobierno del pueblo, es una mentira; pero la mentira siempre ata levemente al mentiroso y limita el grado de su poder arbitrario. Por supuesto que el ‘pueblo soberano’ es un payaso de soberano, un esclavo con corona y cetro de papel maché.”

Errico Malatesta - Democracia y Anarquismo

Aunque muchos de los políticos en el PT estaban o bajo investigación por corrupción o ya estaban convictos por eso, nadie ha podido probar que la presidenta Dilma estaba involucrada en esos crímenes. El procedimiento de destitución fue un golpe de estado institucional disfrazado de una lucha contra la corrupción. Interpretaciones distorsionadas y manipulaciones de las leyes fueron utilizadas para llevar a cabo la anulación de la elección para poder traer al poder un programa político que no ganó las elecciones por más de una década. Dado que las elecciones no pudieran derrocar ni a Lula ni a Dilma, el golpe fue el único camino para que la oposición pudiera implementar sus medidas sociales y políticas que eran aún peores que las medidas social-democráticas puestas en marcha por el PT.

La causa del golpe fue política, no ética. Eso se tornó obvio cuando la prosecución falló en probar que Dilma Rousseff tenía alguna relación con los crímenes investigados por la operación Lava Jato. Esa operación, organizada por la Policía Federal, fue una investigación que se tornó el mayor escándalo de corrupción en la historia brasileña. La operación ya indició 50 políticos de seis partidos así como directores de diez grandes compañías y contratantes en Brasil y en todo el mundo, incluyendo la compañía brasileña Petrobras. Cuando la policía empezó a investigar los políticos del PT, en particular el ex presidente Lula, la media aprovechó para sugerir que los políticos del PT eran la fuerza única de corrupción de todos los políticos. Eso incitó demostraciones en la calle que construyeran legitimación para el golpe. La élite decidió que la mejor estrategia

sería poner otro presidente a cargo y entonces encerrar las investigaciones para ahorrar el resto de los políticos. Quizás el mayor beneficio de la operación Lava Jato fue mostrar que la corrupción es inseparable del sistema capitalista; ella impregna virtualmente todos los partidos y todos los grandes negocios en el país que financian campañas electorales para partidos de izquierdas y de derechas.

Más de la mitad de los legisladores que investigaran la presidenta también están siendo investigados o ya fueron condenados por crímenes de corrupción. Por ejemplo, el diputado Eduardo Cunha, que fue responsable por iniciar el proceso de destitución en 2015, fue preso en octubre de 2016 bajo acusaciones de estar involucrado en soborno y lavaje de dinero.

Las “pedaleadas fiscales” (el retraso en el pago de préstamos bancarios usados para programas sociales como el Bolsa Família) son una técnica usada por muchos alcaldes, gobernadores, y prácticamente todos los ex presidentes antes de Dilma. Mismo el fiscal del Ministerio Federal Público usó esas pedaleadas fiscales. Pero Dilma fue la primera a ser indiciada criminalmente por hacer eso. Los miembros del Parlamento no llevaron eso en consideración cuando votaran para destituir la presidenta, el Senado pasó la ley que hace la pedaleada una maniobra que es legal cuando hecha por el gobierno federal. Después de utilizar la pedaleada como principal acusación contra Dilma Rousseff, el Congreso hizo imposible que esas acusaciones fueran utilizadas otra vez contra el nuevo presidente.

El término corrupción es utilizado solo para clasificar un individuo o un grupo como enemigos de la moralidad y de las buenas maneras. Así, el espectáculo de la corrupción apela al “sentido común”; fue apoyado y legitimado por las multitudes que tomaran las calles en protesta. El discurso de corrupción es una técnica política que pretende despertar enemigos y proteger aliados. Es un pretexto para suspender los procedimientos democráticos comunes, destorcer leyes, y asegurar que el poder se mantiene en las manos de pocas personas sin que nadie cuestione el sistema y la corrupción que lo sostiene. Por definición, el gobierno democrático implica el control de algunas personas sobre el resto de la población. El espectáculo electoral es utilizado para dar legitimidad a eso. Por naturaleza, los regímenes democráticos son exclusivos, autoritarios, y sistemas opresivos en los cuales nuestra participación y auto-determinación son limitadas a todo el momento por la representación política y represión policial.

3. ¿UN GOLPE DE ESTADO?

“Al nos referirnos al golpe de Estado, podemos decir (o queremos decir) que es parte del pasado, que es una reliquia del pasado; ¿pero, con efecto, el no estaría, en la actualidad, ancorado en el cerne de la práctica gubernamental? ¿No sería posible decir que la práctica gubernamental contemporánea se basa en una modalidad permanente del golpe de Estado? ¿Referirse a la noción de golpe de Estado no podría significar que estamos interpretando la economía general del poder en nuestras sociedades como se ellas estuviesen en vías de se encaminar, cada vez más, en dirección a prácticas de excepción? Hablar del golpe de Estado, en la actualidad, ¿no sería una manera de afirmar que los mecanismos de funcionamiento del poder se apoyan en medidas de excepción y que, consecuentemente, la excepción, es el paradigma para se interpretar nuestra modernidad?”

Roberto Nigro, “Violência de Estado, golpe de Estado, estado de exceção.”

Cuándo hablamos de golpe de Estado, tocamos en algo que todavía está muy reciente en la memoria del país: en 1964, Brasil pasó por un golpe civil militar que derribó un gobierno democráticamente electo y colocó generales en el poder por 21 años. No había serias evidencias que una lucha armada estaba por tomar el poder en el país, pero las élites económicas y militares sintieran que eso era necesario para actuar “preventivamente”. Eso pasó en el contexto de la Guerra Fría y las dictaduras en Latino América fueran creadas y ayudadas por la CIA y los militares de EEUU. Ellos temían que Brasil “se tornase una nueva Cuba o China”. La operación Hermanos Sam, organizada por la Marina de los EEUU en apoyo a los militares brasileños, condujo toda la flota caribeña a Brasil en la víspera del golpe en 31 de marzo de 1964. El golpe involucró imágenes clásicas de tanques y tropas ocupando las calles, tomando los palacios y prendiendo políticos, imponiendo ley marcial, así como soporte militar del mayor poder imperialista del mundo.



La clásica imagen: calles de Río de Janeiro en el golpe de estado del 1 de abril de 1964.

¿GOLPE DE ESTADO O REVOLUCIÓN?

En la era moderna, el golpe es una maniobra utilizada por grupos de élites o por aquellos dentro del Estado para tomar el control y excluir a otras élites de su control. Eso no altera la orden social o la posición de clases. Desde la Revolución Francesa y del surgimiento del estado moderno, el golpe de estado ha dejado de ser entendido como una acción digna de elogio por un noble que tiene que mantener la orden real y, en realidad, es visto como una violación ilegítima de la continuación de la razón de existencia del Estado. Por otro lado, existen muchas narrativas que elogian las revoluciones que constituyeran los estados modernos. No es coincidencia, que los militares involucrados en el golpe de 1964 en Brasil, llamaran el evento de “revolución” - y sus actuales simpatizantes todavía la llaman, así como el golpe que instituyó la República es llamada la “Proclamación” y los eventos que pusieran Vargas en el poder en 1930 también son descritos como una “Revolución”.

Como podemos esperar, cuando las calles estaban llenas de demostraciones contra Dilma Rousseff y el PT en 2015, la clase media conservadora y algunos grupos de extrema derecha demandaran intervención

militar. Pero con el fin de la Guerra Fría, la CIA tiene poco interés en apoyar gobiernos militares en Latinoamérica otra vez, desde que regímenes democráticos probaran que son tan efectivos como las dictaduras en seguir desarrollando los países bajo el control económico y político, de instituciones financieras y mercados extranjeros. Ese modelo se propagó por el globo.

De cualquier manera, “golpe” es un término que es mal visto y desactualizado. El correcto procedimiento para una élite queriendo deshacerse o derrocar otra élite (sí, el PT es solo otra élite) es un enfoque que parece ser legal y democrático, como un juicio basado en acusaciones controversias que dividen las opiniones de los científicos políticos y juristas operando en el territorio entre el legal y el ilegal. Vimos maniobras similares en Honduras en 2009 y en Paraguay en 2012. Quizás todo eso indica que nosotros estamos entrando en una nueva era en la cual un nuevo tipo de golpe es formulado con el juego democrático, construyendo su legitimación con el soporte de la media conservadora y demostraciones en la calle. La consecuencia es que nosotros no podemos llamar eso de golpe de Estado y ellos no pueden más llamar eso de Revoluciónii.

¿POR QUÉ DECIMOS GOLPE DE ESTADO?

Con el fin de la dictadura militar y la consolidación de la nueva Constitución Federal de 1988, el Estado de Ley Democrático fue constituido en Brasil. De acuerdo con la constitución, el Estado brasileño destina limitar sus poderes basado en los principios de la ley (respecto por los derechos humanos y derechos internacionales fundamentales) y el Estado Democrático (respecto por las elecciones democráticas y leyes constituidas, promoción de la igualdad de todos ante la ley y igualdad social). Un estado de excepción es exactamente el opuesto de todo esto, suspendiendo las leyes constitucionales, derechos de libertad, y cuerpos y vidas de las personas; el gobierno concentra todo el poder en sus manos para pactar con una situación de emergencia o una crisis que amenaza el estado. Prisión sin justificativa o defensa, represión de movimientos sociales, tortura, asesinato: todo es utilizado para garantizar el reinado de la ley y del orden.

Nosotros no queremos postular un binario maniqueo entre la regla de la ley y el estado de excepción. Sabemos que la regla de la ley es

también un estado de policía bajo el control de las clases dominantes y del capitalismo. Sabemos que la regla de la ley protege ciudadanos que someten, y que supervisa, prende, y extermina aquellos que se rebelan y aquellos que no son parte de su hegemónica normatividad: lo periférico, el no-heterosexual, el negro y la población indígena. Comprendemos que la regla de la ley no elimina autoritarismo o expansión colonial y que el estado de excepción se tornó más y más normal. Evitando las reglas, suspendiendo los derechos fundamentales y libertades – esas se tornaran la norma del estado moderno.

En 2016, no vimos el mismo paisaje militarizado de 1964; mismo así seguimos llamando de golpe por la cuestión extralegal y características excepcionales que presenciamos durante ese período. Los aliados de Lula y Dilma dicen que fue un “golpe” para se situaren como víctimas – como se ellos no tuvieran conexión con aquellos que dibujaran su queda, como si eso fuera redención después de años de labor para lubricar la maquina capitalista mientras la derecha tenía que retornar para el centro del gobierno. Proclamando que era un golpe, ellos afirman que los gobiernos del PT tuvieran una legitimidad incuestionable pues fueran electos por el voto democrático. No estamos de acuerdo con ese tipo de análisis. Para describir el que pasó en 2016, es necesario comprender el termino golpe de estado con una perspectiva crítica hacia el estado y sus leyes. Necesitamos hacer el uso de esa palabra más comprensible y entender que el termino “estado de excepción” puede ser utilizado para caracterizar muchas maniobras que gobernantes utilizan para concentrar poder. Esa perspectiva puede ser especialmente benéfica para facilitar un entendimiento de las medidas de excepción implementadas por el PT mismo.

Lo que ocurrió en 2016 es un golpe porque el gobierno del PT no fue derribado por las fuerzas de abajo, tales como rebeliones o insurrecciones de las masas. Las instituciones estatales y económicas se quedaron intactas. Todo que pasó fue que un grupo de legisladores probó que es posible utilizar un procedimiento de destitución para derrumbar una elección mayoritaria del gobierno, y probando que cometieron un crimen no es ni un pre requisito para hacer eso.

En la democracia, capitalistas y políticos de carrera se turnan en el poder de acuerdo con los resultados de las elecciones. Eventualmente, un partido de izquierda o un político de la baja clase trabajadora puede alcanzar el gobierno bajo la condición que prometa jugar el mismo juego que aquellos que normalmente

sostienen la oficina. Este juego está mediado por leyes, es decir, por acuerdos establecidos entre élites e impuestos al resto de la población. Cuando esas leyes son suspensas o desvirtuadas para favorecer un grupo poderoso, llamamos eso de golpe de estado porque eso prueba que los resultados del juego electoral pueden ser desautorizados cuando una élite es capaz de manipular las leyes en su favor. Mismo que todo eso no sea seguido por el establecimiento de una dictadura y mismo que las mismas leyes constitucionales sigan siendo aplicadas de la misma manera, aún es un golpe de estado.

Toda esta inestabilidad deja claro que la democracia establecida aquí en el Sur Global, de acuerdo con un modelo bastante distinto del modelo europeo y norteamericano. Podemos ver claramente que las fuerzas dominantes en este país son más poderosas que los partidos y que el voto. En los países democráticos, los estados heredaron sus ejércitos, sus leyes, sus prisiones y sus fronteras de los reyes y de sus imperios. En Brasil, los años de dictadura dejaron la misma policía y aparato legal y la misma burguesía en comando de la industria, de la media y de los bancos. Esa herencia está lejos de ser superada – y es imposible de ser reformada.

UN SIGLO DE DICTADURA PUNTUADO POR BREVES MOMENTOS DE DEMOCRACIA BURGUESA

“No hay distinción clara entre dictadura y democracia. Todos los gobiernos dictan, muchos dictadores son elegidos, y los sujetos de las dictaduras típicas a menudo tienen formas de influenciar en los gobiernos que son más directos que los medios que disfrutaban de los ciudadanos y de las democracias típicas.”

Peter Gelderloos – *The Failure of Nonviolence*

La relación entre la república brasileña, la democracia, el golpe de estado, y los regímenes autoritarios son complicados y intensos, pero ayudan a nos situar en el presente contexto y en el camino que nos ha traído hasta aquí. Cuando Dilma Rousseff fue electa presidenta en 2010, ella fue la única candidata que tuvo un vicepresidente de otro partido: Michel Temer, del PMDB (Partido del Movimiento Democrático Brasileño). Ese es el mayor

partido en Brasil; hoy representa los partidos de centro-derecha, en su mayoría los miembros son conservadores.

La maniobra de Dilma no fue algo nuevo, pero la repetición de una táctica usada por su predecesor. Lula se tornó famoso como el primero presidente con una clase trabajadora por detrás y un pasado como líder sindical. Entretanto, él invitó José Alencar, un rico empresario de un partido de centro-derecha, para ser su vicepresidente. Desde el comienzo, el gobierno del PT ha buscado construir una alianza entre élites estatales, políticas y económicas y la aristocracia de los sindicatos laborales y movimientos sociales.

El PMDB tuvo su origen en Brasil en la dictadura civil-militar, cuando solo se permitía la existencia de dos partidos. Todos los otros partidos fueran prohibidos y algunos de los de izquierdas se juntaran a las guerrillas armadas. La ARENA fue el partido militar y el MDB fue fundado en 1966 como el único partido para oponer el régimen de una manera no clandestina. Después de la transición de vuelta a la democracia, los partidos dejaron de ser ilegales. El MDB se tornó PMDB, y partidos como el PT emergieran, junto con su actual mayor oponente, el PSDB (Partido Social Demócrata Brasileño).

Históricamente, el PMDB tuvo una relación privilegiada con los grupos de poder, partidos y políticos. En 2016, Temer fue el tercero político del PMDB a se tornar presidente desde el fin de la dictadura en 1985. Ni él ni sus predecesores fueran directamente elegidos a través de votaciones. El primero fue José Sarney, que tomó poder cuando Tancredo Neves, el primero presidente civil electo por una elección indirecta después del fin del régimen militar, murió de una enfermedad antes de la tomada de posesión del cargo. El segundo fue Itamar Franco, que tomó la presidencia en 1992, después que Fernando Collor, el primero presidente democráticamente electo, estuvo involucrado en escándalos de corrupción y consecuentemente destituido. Itamar entonces apoyó y guió su sucesor Fernando Henrique Cardoso del PSDB, que fue presidente desde 1994 hasta 2001, luego antes de Lula.

Estos episodios son suficientes para ilustrar cuan desordenada y frágil es la era democrática brasileña. Pero podemos ir más allá y recordar que fue un golpe militar que derribó el Imperio Brasileño y fundó la Primera República en Brasil en 1889; y que experimentamos otros dos golpes en el siglo XX, el primero de los cuales ocurrió en 1930. De los dieciocho presidentes que llegaron al poder en Brasil, solo ocho fueran electos, y solo cuatro completaran su mandato.

El golpe de estado contra el PT en 2016 sigue un tipo de “orden natural” en la democracia brasileña, que siempre busca mantener el control del poder ejecutivo en las manos de ciertas élites a través de medios no democráticos.

4. GOLPES DENTRO DEL GOLPE: CÓMO EL PT MEJORÓ LOS APARATOS REPRESIVOS DEL ESTADO

Para asegurar que su proyecto de desarrollo de la economía tuviera suceso, el gobierno de Lula y Dilma hizo grandes avances en formas de control y represión en las periferias contra los movimientos sociales. La policía de seguridad pública del gobierno federal es caracterizada por su doble maniobra expandiendo las prisiones y llevando a cabo ocupaciones militares en las favelas. En 2014, la población carcelaria en Brasil se tornó la tercera mayor en el mundo, con 570.000 prisioneros, la mayoría negros. Durante la administración del PT, ese escenario aumentó en un 620%.

Las Unidades de Policía Pacifista (UPP) se desplegaron en 38 comunidades en la ciudad de Río de Janeiro. Su intención no era asegurar la “seguridad” de la población; ellos fueron introducidos para proteger Brasil para mega eventos incluyendo los Juegos Olímpicos y la Copa del Mundo. Ellos están “casualmente” situados en áreas tales como estradas que conectan aeropuertos a distritos turísticos y regiones donde ocurrían la Copa del Mundo y los Juegos Olímpicos. En 2016 y 2017, dos estudios separados por la Amnistía Internacional y Human Rights Watch concluyeron que esa fuerza policial es una de las más violentas en el mundo.

La Fuerza de Seguridad Nacional fue creada en 2004 durante la administración de Lula. En 2010, el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas (EMCFA) fue creado, un puesto que era responsable en redactar el “Manual de Garantía de Ley y Orden” (GLO) en 2013 para responder a los levantamientos populares que tienen lugar en todo el país. Su tarea era de asegurar los beneficios de las corporaciones nacionales e internacionales durante los mega eventos. Bajo la presión de la FIFA, el gobierno Dilma implementó las Leyes de la Copa del Mundo, criminalizando las manifestaciones en la calle, huelgas, y movimientos contra la Copa del Mundo.

Para la Copa del Mundo de 2014 y los Juegos Olímpicos de 2016, el gobierno construyó Centros Integrados de Comando y Control (CICC) en 12 ciudades. Esas unidades se tornaron centros donde distintas fuerzas policiales y de inteligencia (Policía Miliar, Policía Civil, Policía Federal y Agencia de Inteligencia) se juntaron para monitorear y suprimir manifestantes. La inauguración de los CICCs ocurrió durante las protestas de 2013 contra el coste del transporte público y los que se siguieron contra la Copa de las Confederaciones. Sus acciones incluyeron monitoreo de multitudes por cámaras de vigilancia instaladas por toda la ciudad así como espías en grupos individuales. Oficiales de policía disfrazados se infiltraron en manifestaciones y muchos agentes encubiertos mantuvieron amistades y relaciones con activistas con el fin de recopilar información.

La lista de su operación es vasta, pero para concluir aquí, es suficiente mencionar que la última ley implementada por Dilma antes de su destitución fue la n.13.260, la famosa ley anti-terrorismo. En marzo de 2016, bajo las presiones internacionales del G20, la UN, y el Comité Internacional Olímpico, el parlamento y el gobierno federal crearon una serie de leyes vagamente redactadas que atacaban los derechos de manifestación y dejaban abiertas amplias lagunas para la interpretación. La Abogada Federal de Derechos Humanos Deborah Duprat dijo que de acuerdo con la ley, “nosotros nunca sabremos cuando un objeto que llevamos puede ser visto como una herramienta para una práctica terrorista. Mismo una caja de fósforos puede ser considerada una arma”.

La ley anti-terrorista es descrita por muchos movimientos sociales y por otros políticos como “el AI-5 de la democracia”, ya que tiene como su objetivo movimientos y individuos que cuestionan o se organizan contra las medidas estatales. Entre 1964 y 1969, el régimen militar decretó 17 así llamados “Actos Institucionales” para remover los derechos y poderes de los ciudadanos e instituciones semejantes para concentrar aún más el poder en los

niveles superiores del estado. Esos actos fueran considerados “golpes dentro del golpe”, ya que violaban leyes y derechos garantizados por la Constitución. En diciembre de 1968, el régimen militar decretó el Acto Institucional numero 5 (AI-5), disolviendo el Congreso Nacional y las Asambleas Legislativas. Esto despojó centenas de personas de sus derechos políticos y formalizó el Estado de Excepción que originalmente debería durar supuestamente 180 días pero acabó durando 10 años. En este período, un real terror fue utilizado contra la población, incluyendo censura de prensa, prisiones, torturas, asesinatos, y desapariciones de miles de personas.

Los crímenes que se convirtieron en terrorismo por la nueva ley incluyeron saqueos, vandalismo e incendios; estos ya eran considerados crímenes y no necesitaban de una nueva clasificación. El foco de la ley era especialmente en la comunicación y en la infraestructura de transporte. Eso apunta claramente a las tácticas de desobediencia civil tradicionalmente practicadas por los movimientos sociales: bloquear calles y autopistas u ocupar escuelas, universidades y otros edificios públicos.

Transportar, almacenar o usar materiales explosivos o inflamables también se puede enmarcar como una acción terrorista. Crear tal término vago y amplio para definir lo que se considera “terrorismo” es un medio de criminalizar movimientos y minorías. Rafael Braga, un joven negro que dormía en las calles de Río de Janeiro en el apogeo de las manifestaciones de 2013, ofrece un ejemplo del que ocurre cuando la policía juzga y utiliza su libertad de interpretación: Rafael fue preso porque llevaba una botella de jabón. En 2017, el todavía estaba luchando por su libertad, fue el único prisionero que todavía está encarcelado por las protestas de 2013.

La crisis económica no mejoró y la crisis de la seguridad publica ha escalado a un nivel absurdo. Cuando el gobierno Temer envió el ejército para ocupar las calles de Río de Janeiro en 2017, eso representó una continuación de las operaciones del gobierno del PT más que un rompimiento con él. El gobierno de Dilma y Lula no solo mejoró el capitalismo brasileño, como ayudó a formar un sistema de seguridad completo dedicado a la vigilancia y a la represión. Junto con la crisis, el Sr. Temer heredó un nuevo aparato de leyes, estructuras de controle, tecnologías de vigilancia y represión que ahora van a ser utilizadas para contener las masas todas las veces que nos organicemos y tomemos las calles.

El golpe de 2016 necesitó de una serie de otros pequeños golpes contra

los derechos de la clase trabajadora, aquellos de las periferias brasileñas, y de los movimientos sociales. Así como en 1964 el golpe militar no fue solo un golpe, el golpe parlamentario que removió el PT del gobierno es sólo una más iteración de una larga serie de medidas autoritarias y excepcionales.

“En verdad, no hay diferencia fundamental entre una dictadura y una democracia. Estas formas de gobierno tienen todas la misma capacidad de violencia, represión, asesinato en masa, tortura, y el encarcelamiento como sus contrapartes dictatoriales. En momentos de emergencia, ellos pueden y utilizan esa capacidad”

Peter Gelderloos – The Failure of Nonviolence

5. DESDE LOS LEVANTAMIENTOS DE 2013 HASTA EL GOLPE DE 2016

“El bacilo de la peste nunca muere o desaparece para siempre; puede permanecer latente durante años y años en muebles y baúles; pasa su tiempo en dormitorios, sótanos, baúles y estanterías; y tal vez llegaría el día en que, por la ruina y la iluminación de los hombres, despertaría nuevamente a sus ratas y las enviaría a morir en una ciudad feliz.”

Albert Camus – A Peste.

LAS CALLES EN DISPUTA

Durante el levantamiento de junio de 2013, miles marcharon incontrolablemente, tirando piedras y cócteles Molotov. Eventualmente, la manifestación rodeó e invadió los palacios que albergan el poder legislativo del gobierno federal y demandaron la reducción de la tarifa de autobús. El antagonismo en las calles tomó formas autónomas en todo el país, quebrando el silencio impuesto por una década de gobierno del Partido de los Trabajadores. Esa lucha condujo a una victoria imprevista de los nuevos movimientos sociales autónomos a escala nacional, con personas se auto organizando de maneras que sorprendieran a los partidos políticos, los sindicatos y las formas tradicionales de organización típicamente utilizadas por los movimientos. La desilusión con los procesos democráticos y el sistema de clase política como un todo era aún



20 de junio de 2013: Pancartas contra el gobierno del PT con un tono nacionalista eran vistas en las primeras protestas contra el aumento de las tajadas de los autobuses en São Paulo.

más fuerte, indicando que esa insurrección ofrecía una oportunidad para nuevas formas autónomas de organización y acciones directas para ganar popularidad generalizada. En efecto, esa era la oportunidad para muchos anarquistas que estaban esperando para diseminar sus metodologías a larga escala.

Por décadas, las élites gubernamentales (incluyendo la izquierda política y las uniones de izquierdas) colaboraron para descontextualizar y deslegitimizar el que significaba “hacer políticas”. La práctica de hacer políticas, la cual viene siendo confinada a prácticas institucionales, recuperó su sentido original: con las personas ocupando las calles, con cada gesto, con cada escoja, con cada afecto, ellas estaban haciendo políticas. Las manifestaciones se tornaron un cuerpo vivo ofreciendo una intensa y potente experiencia de construcción colectiva. Para muchas personas que nunca habían participado en protestas de calle antes, esa fue la primera vez que se movieron más allá de la posición de “neutralidad”, y las nuevas posiciones que ellas tomaran no eran necesariamente coherentes. Habían voces disonantes expresando muchos intereses distintos; algunas tendiendo más al diálogo, mientras otros preferían la confrontación y el antagonismo. Las élites conservadoras en particular empezaron a construir estrategias para cooptar las masas y ofrecer soluciones que muchos pidieran, como las ofrecidas por el PT y el gobierno. Durante ese tiempo, las calles empezaron a convertirse en el escenario de intensas disputas políticas en Brasil una vez más, tanto por aquellos

que querían justicia social y aquellos que querían un régimen más totalitario.

Durante el levantamiento de junio de 2013, miles marcharon incontrolablemente, tirando piedras y cócteles Molotov. Eventualmente, la manifestación rodeó e invadió los palacios que albergan el poder legislativo del gobierno federal y demandaron la reducción de la tarifa de autobús. El antagonismo en las calles tomó formas autónomas en todo el país, quebrando el silencio impuesto por una década de gobierno del Partido de los Trabajadores. Esa lucha condujo a una victoria imprevista de los nuevos movimientos sociales autónomos a escala nacional, con personas se auto organizando de maneras que sorprendieran a los partidos políticos, los sindicatos y las formas tradicionales de organización típicamente utilizadas por los movimientos. La desilusión con los procesos democráticos y el sistema de clase política como un todo era aún más fuerte, indicando que esa insurrección ofrecía una oportunidad para nuevas formas autónomas de organización y acciones directas para ganar popularidad generalizada. En efecto, esa era la oportunidad para muchos anarquistas que estaban esperando para diseminar sus metodologías a larga escala.

Por décadas, las élites gubernamentales (incluyendo la izquierda política y las uniones de izquierdas) colaboraron para descontextualizar y deslegitimar el que significaba “hacer políticas”. La practica de hacer políticas, la cual viene siendo confinada a prácticas institucionales, recuperó su sentido original: con las personas ocupando las calles, con cada gesto, con cada escoja, con cada afecto, ellas estaban haciendo políticas. Las manifestaciones se tornaran un cuerpo vivo ofreciendo una intensa y potente experiencia de construcción colectiva. Para muchas personas que nunca habían participado en protestas de calle antes, esa fue la primera vez que se movieran mas allá de la posición de “neutralidad”, y las nuevas posiciones que ellas tomaran no eran necesariamente coherentes. Habían voces disonantes expresando muchos intereses distintos; algunas tendiendo más al diálogo, mientras otros preferían la confrontación y el antagonismo. Las élites conservadoras en particular empezaran a construir estrategias para cooptar las masas y ofrecer soluciones que muchos pidieran, como las ofrecidas por el PT y el gobierno. Durante ese tiempo, las calles empezaran a convertirse en el escenario de intensas disputas políticas en Brasil una vez más, tanto por aquellos que querían justicia social y aquellos que querían un régimen más totalitario.



Declarando soporte a Donald Trump y atacando Dilma Rousseff, Octubre de 2016.

CONSERVADORES DEL MUNDO, UNIROS

En los años recientes, una tendencia mundial emergió en la cuál los movimientos de derechas ganaran popularidad poco después que se producirán las insurrecciones populares. De Brasil e Venezuela a Ucrania, de Grecia a EEUU, largas olas de disturbios populares han sacado la gente a las calles. Manifestaciones y ocupaciones de espacios públicos se tornaran herramientas esenciales para cualquiera que quiera promover una causa o presionar las reglas. Observamos que después de muchas insurrecciones autónomas, radicales y horizontales, los movimientos de derechas han sido capaces de tomar ventaja de la revuelta popular para salir a las calles y diseminar sus agendas. En el caso de Brasil, eses nuevos conservadores tomaran ventaja de una ola de

protestas que ellos no organizaran para crear legitimidad para el golpe. Esos grupos lucharan por espacio en las calles y por atención de la nueva generación de manifestantes así como de la media, y rápidamente empezaran a organizar sus propias protestas para construir una base social. Desde el principio, la nueva derecha ha sido respaldada por instituciones tales como partidos y financiados por el 1% más ricos – la élite nacional e internacional – para influir en los procesos políticos en todo el mundo. Hablaremos más acerca de las tres mayores organizaciones que están siendo centrales para la nueva derecha de Brasil

El movimiento Vem para Rua! (“¡Vente para la calle!”) es liderado por un inversor millonario que vive en los EEUU y está conectado con la juventud del PSDB, la derecha de la social democracia burguesa. Otro movimiento prominente es Revoltados Online (Revoltosos En Línea), que sólo acepta cristianos entre sus miembros, apoya políticos fascistas como el diputado Jair Bolsonaro (el “Donald Trump brasileño”), buscando volver con la dictadura militar, y hacer dinero vendiendo embustes anti-PT en Internet.

El mayor y todavía más oscuro es el MBL – Movimento Brasil Livre (“Movimiento Brasil Libre”). Para empezar, el grupo ha tratado de aferrarse a la insatisfacción popular: el nombre parece tener sido creado intencionadamente para sonar similar al MPL (Movimiento Pase Libre). Esa es una tentativa de crear confusión en aquellos buscando las redes de colectivos autónomos y organizaciones horizontales que iniciaran las insurrecciones de junio de 2013. Con líderes jóvenes, el MBL intenta encorajar la “juventud que dejó el Facebook por las calles” para marchar en las calles por “el libre mercado”, privatización, y el fin de los programas sociales.

El MBL fue creado en 2013 como la faceta publica de la organización de Los Estudiantes por la Libertad (EPL), fundada en 2012 como una versión de los Students For Liberty (SFL) en EEUU. Ambos son fundados por Atlas Network, una red de once organizaciones de derechas patrocinadas por los magnates del petróleo de los EEUU, los Koch brothers. Cuando los miembros del EPL quisieran participar de las protestas en la calle, tuvieron que crear el MBL, porque la Legislación del Impuesto a la Renta Federal de los EEUU (IRS) no autoriza fundaciones a participar en manifestaciones políticas. De acuerdo con su presidente, las metas de Atlas son “rellenar el mundo con grupos de expertos que defienden el mercado libre.”

Luego después que Dilma salió, el presidente Michel Temer invitó el MBL para ayudar el departamento de comunicación del gobierno y a hacer reformas impopulares afectando el bienestar y derechos laborales, haciéndolas sonar atractivas. El MBL decidió alejarse del gobierno que ayudó a crear cuando se dio cuenta que sería imposible encubrir los escándalos de corrupción.

Las estrategias utilizadas por esos movimientos de derechas se parecen mucho a los utilizados durante la campaña de Donald Trump en los EEUU. La utilización de noticias falsas, manipulaciones de datos, discursos de odio, y controversias para dar protagonismo a un ídolo para los trolls brasileños refleja lo que sucedió en EEUU.

La meta de esos movimientos y de los millonarios que les financian es el de dejar de lado los movimientos sociales genuinos, desestabilizar gobiernos progresivos, y pavimentar el camino para políticas neoliberales. Eso no puede ser entendido sin la referencia al contexto geopolítico general. Durante los motines de 2013, Wikileaks filtró evidencias de que la administración de Obama estaba espionando tanto la presidenta Dilma Rousseff como la Petrobras, una de las mayores compañías estatales de petróleo del mundo. Luego después del golpe de 2016, el ministro del exterior del gobierno Temer empezó procedimientos para finalizar la exploración petrolera obligatoria en Brasil y entregar las reservas de la Pre-Sal a multinacionales como la Chevron.

Eso puede ser entendido en el contexto del enfrentamiento Este-Oeste acerca del petróleo brasileño. China, uno de los mayores asociados económicos de Brasil en estos años, está presionando para tener acceso a las reservas a medida que las empresas y el gobierno de los EEUU dirigen su atención a las empresas petroleras de Sudamérica. La Guerra Fría acabó, pero las fuerzas internacionales están compitiendo por el control del acceso a los recursos naturales del país. La herencia colonial de Brasil nunca dejó de depender de la venta de productos básicos y trabajo barato para los mercados extranjeros.

Anarquistas y otros movimientos de resistencia anti-capitalista necesitan estar atentos de como esas disputas globales se dan en los territorios donde estamos construyendo resistencia. Los indígenas Zapatistas que tomaron las armas en 1994 en Chiapas, México, sabían que estarían en riesgo, declarando su independencia en una tierra rica en recursos naturales y minerales que los capitalistas mexicanos y estadounidenses codiciarán. El mismo tipo de desafío enfrenta la revolución en Rojava, en el norte de Siria, cuando toma las armas

para acabar con el capitalismo el patriarcado y el colonialismo en una de las regiones más ricas en petróleo del mundo. En Brasil, los indígenas tales como los Mundurukus en Pará ofrecen ejemplos de honorable resistencia contra el proyecto de desarrollo genocida del gobierno del PT que incluye la construcción de ocho hidroeléctricas a lo largo del río Tapajós, destruyendo comunidades, dañando el medio ambiente y amenazando la vida silvestre. Los Mundukurus, un pueblo guerrero conocido como “cortadores de cabezas”, ya ocuparon y paralizaron dos veces la construcción de la planta de Belo Monte en el corazón de la selva amazónica y prometen librar una guerra contra la construcción de la represa de São Luís y la demarcación de sus tierras.

El capitalismo global y sus centros de comando agrupados en los países ricos del norte están dispuestos a convertir cualquier territorio de la periferia global en una granja para alimentar sus economías. Además, no dudarán en neutralizar la organización popular cuando esa amenace sus intereses. El terreno que pisamos, el bioma en el que vivimos, así como nuestros cuerpos, nuestros deseos y nuestro tiempo, son campos de batalla en los que se juegan las mismas luchas entre las colonias y las metrópolis que caracterizan la historia de Brasil. Cuanto mayor es su valor para el mercado, más intensa es la batalla.

6. EPISODIOS DE RESISTENCIA

Desde que Michel Temer se tornó presidente, el intenta lidiar con una crisis económica y con los continuos escándalos de corrupción. En menos de un año, él fue acusado de corrupción pasiva, obstrucción de justicia, y involucramiento en organización criminal. Cada movimiento que hace su gobierno implica el coste de las clases trabajadoras y excluidas para favorecer a las élites: perdonó 500 mil millones de reales en deudas de emprendedores mientras proponía reducir el salario mínimo en 10 reales para ahorrar 300 millones de reales.

En todo caso, Michel Temer está cada vez más aislado políticamente. Sin apoyo popular, su índice de aprobación es de 4%, todavía peor que los 8% de Dilma justo antes de su destitución. Pero su gobierno aún no ha caído, porque sirve a los intereses del mercado y de las grandes corporaciones. Su política

sigue las leyes del manual “Doctrina de Choque” desarrollado por la Escuela de Chicago y sus gurús neoliberales. Sus principales principios son implementar reformas que reduzcan los servicios estatales a través de la privatización, medidas extremas de austeridad y la suspensión de las leyes que protegen los derechos y el medioambiente. Un ejemplo es el nuevo intento del gobierno de regalar reservas naturales e indígenas en la Amazonía a compañías mineras, un proyecto político que difícilmente recibiría apoyo público en las urnas, pero que se aplica fácilmente en medio de crisis y catástrofes. La reformas del nuevo presidente son un intento desesperado de atender los caprichos del mercado mientras la derecha se prepara para las elecciones de 2018.

No es sorprendente que, desde los primeros días del nuevo gobierno, se hayan producido varias rondas de protestas y resistencia contra las políticas y medidas del nuevo presidente. Algunas de estas luchas han demostrado el deseo de ir más allá de solo exigir pequeñas concesiones al gobierno de Temer, y en cambio protestar acerca de la posibilidad de crear modos horizontales de organización en los cuales las personas toman el asunto en sus propias manos. Este fue el caso en las docenas de ocupaciones de edificios vinculadas al Ministerio de la Cultura y en más de mil ocupaciones escolares que tuvieron lugar en 2016.

PRIMEIRAS LUCHAS Y VICTORIAS

Tan pronto él asumió como presidente interino en abril de 2016, Temer cambió todos los ministros y reunió a un equipo compuesto exclusivamente por hombres. Nueve ministerios fueron eliminados por completo, incluidos los que se centran en la cultura, la mujer, la igualdad racial y los derechos humanos. Tales maniobras no se habían visto desde la dictadura.

En ese momento, los anarquistas y los movimientos autónomos no eran tan visibles como lo habían sido durante los dos años anteriores. Aún así, cuando se anunció que el Ministerio de la Cultura sería eliminado, los edificios relacionados con él fueron ocupados en 21 capitales. La gente organizó debates, conciertos y manifestaciones de todo tipo para presionar al gobierno a retractarse.

Después de dos semanas de ocupaciones y protestas, Temer dio un paso atrás y anunció el regreso del Ministerio de la Cultura, pero las ocupaciones continuaron en muchas ciudades, organizando festivales y todo tipo de actividades políticas y culturales. Esta victoria dio a los movimientos la impresión de que el nuevo gobierno podría ser derrotado en luchas por demandas específicas. Inspirado por victorias recientes, los movimientos de indigentes organizaron una protesta en el 1 de julio y ocuparon el edificio del Secretario de la Presidencia de la República en São Paulo, lo que obligó al presidente una vez más a dar un paso atrás y restablecer los fondos que había tratado de quitar en programas de vivienda.

7 DE SEPTIEMBRE DE 2016: NOSOTROS NUNCA FUIMOS PATRIOTAS

Septiembre es cuando los patriotas celebran la llamada independencia del gobierno portugués que se proclamó en 1822. Pero no todos están a favor de esta farsa nacionalista. El 7 de septiembre no es solo el día de la independencia: desde 1995, los movimientos sociales lo han llamado el Grito de los Excluidos, por ser también un día para dar voz a la insatisfacción popular. Desde las revueltas de 2013, las manifestaciones de ese día han sido cada vez más combativas. En 2016, después del golpe, el día tuvo un sabor especial.

La revuelta contra los mega eventos también continuó al final de los Juegos Olímpicos u Paralímpicos: los guiris aún regresaban a sus casas cuando 23.000 soldados del ejército y la Guardia Nacional devolvieron el control a la policía en Río de Janeiro después de que la cantidad de disparos de la policía se duplicó en la primera semana de juegos. Hubo 95 tiroteos en Río de Janeiro, donde 51 personas resultaron heridas y al menos ocho personas fueron asesinadas por la policía durante las tres semanas de los Juegos Olímpicos (5-21 de agosto). Cualquier tipo de manifestación o expresión que denunciaba el impacto de los eventos fue brutalmente reprimida desde el primero día. Apenas 10 días después del final de las Olimpiadas, en el 31 de agosto, el Senado votó a favor de la salida de Dilma Rousseff, y Michel Temer fue oficialmente el nuevo presidente de Brasil.

La Copa del Mundo y las Olimpiadas terminaran, pero el legado del abuso legal, violencia policial, exclusión, y segregación siguen bajo la sombra del nuevo régimen. Entonces no es sorprendente que nosotros también presenciemos las mayores manifestaciones antigobierno desde 2013: en 7 de septiembre, tuvieron protestas en 24 estados – el na mayoría de las capitales incluyendo decenas de

ciudades. La mayor fue en Salvador, donde estuvieron 15.000 personas. En esas manifestaciones, fue necesario para las manifestaciones ofrecer resistencia a las nuevas políticas de gobierno, pero también contra los efectos de las políticas que fueran establecidas durante el gobierno del PT. Teníamos viejas y nuevas razones para rebelarnos. En las pancartas en las calles veíamos las demandas “Elecciones Directas Ya” - el famoso eslogan del fin de la dictadura en Brasil - presentada por las personas que querían votar por un nuevo presidente después de la destitución de Dilma Rousseff.

Había enfrentamientos con autoridades durante semanas antes del día de la independencia marcado por la violencia policial, la prisión de periodistas, y más manifestantes sufriendo lesiones permanentes debido a armas menos letales. Los movimientos de izquierdas acosaron y repudiaron la presencia de los black blocs en São Paulo les considerando “responsables” por las acciones violentas de la policía. La táctica black bloc se tornó más común desde 2014 y ahora reapareció en la calle para responder a las políticas del nuevo gobierno, causando controversias. En São Paulo y Belo Horizonte, por ejemplo, anarquistas y otros marcharon en formación black bloc, pero no atacaron la policía ni quebraron nada. Esto mostró que era posible marchar y manifestarse con fuerza en número pero sin necesariamente actuar “violentamente”. La presencia anarquista fue importante pues enfatiza que no sería suficiente decir “Fuera Temer” , pero en cambio afirmó que ningún gobierno es una opción y que la acción directa y autónoma - no la regeneración de la democracia - que sigue siendo nuestra mejor arma.

Estudiantes ocupan escuela en Curitiba



OCUPANDO LAS ESCUELAS

La ocupación estratégica que se extendió en 2016 fue inspirada por las luchas de octubre de 2015, cuando 200 escuelas fueron ocupadas por estudiantes por todo el estado de São Paulo. El gobernador Geraldo Alckimin planeó cerrar 94 escuelas, despidiendo profesores y afectando la vida de cerca de 300.000 estudiantes que tendrían que estudiar en aulas superpobladas lejos de sus casas. En respuesta, en 9 de noviembre de 2015, cerca de 18 estudiantes ocuparon una escuela en Diadema, una región metropolitana de São Paulo. Dos días después, los oficiales de la policía armados intentaron adentrarse en la escuela pero fallaron al intentar forzar a los estudiantes a salir de los predios.

Algunos días después, muchas manifestaciones ocurrieron simultáneamente, con muchas confrontaciones con la policía en las calles y en los portones de las escuelas. En un mes, 230 escuelas fueron ocupadas. Las escuelas se tornaron reales comunas con estudiantes auto-organizando en los comités de limpieza, comida y seguridad. Ellos recibían soporte de padres y madres y del público en general, y más de 1.000 voluntarios que ofrecían clases gratis y talleres sobre temas como graffiti, jardinería, salud y género. Conciertos y festivales fueron organizados en algunos edificios. Partidos políticos y los sindicatos de estudiantes vinculados a ellos no pudieron participar: las ocupaciones se mantuvieron autónomas y horizontales. Después de las ocupaciones la popularidad del gobernador alcanzó un mínimo histórico, el plan de reorganización fue derogado y el Secretario de Educación renunció.

Después de esta victoria parcial, algunos grupos decidieron continuar ocupando algunas escuelas. Después del inicio de diciembre, 23 escuelas todavía seguían ocupadas en el estado de Goiás, en protesta contra la privatización y la militarización. Inspirados por estudiantes de São Paulo, ellos demostraron que el próximo año estaba para ser abierto con luchas iniciadas por una nueva generación inteligente. Solo en el primer semestre, esa nueva lucha emergió y estallaron ocupaciones en Goiania, Belo Horizonte, Curitiba, Río de Janeiro y muchas otras ciudades.

En el fin de 2016, las escuelas tomarán el centro del palco otra vez. En finales de septiembre, pocos días después de tomar el poder, el nuevo gobierno anunció una enmienda constitucional (PEC 55/241) que reducía el techo presupuestario estatal para la salud y la educación para los próximos 20 años. Un funcionario de



Greve Geral em São Paulo, 28 abril de 2017.

la ONU describió esta medida como “el paquete de austeridad más socialmente agresivo del mundo”.

Inicialmente, se empezó una nueva ola de ocupaciones en las escuelas estatales secundarias contra los cortes en la seguridad social y la educación. A fines de octubre, otras 1200 escuelas y 100 universidades estaban ocupadas en 19 estados. Uno de los aspectos más destacados de esta movilización tuvo lugar en el 29 de noviembre cuando los senadores votaron a favor de la medida; cerca de 30.000 estudiantes, trabajadores, indígenas y campesinos de todo el país fueron a la capital, Brasília, para protestar y se enfrentaron con la policía, quemar autos y atacar las ventanas y las puertas de los palacios. Pero no fue suficiente: la ley fue aprobada. El gobierno congeló los presupuestos de educación y salud durante 20 años para calmar el mercado financiero.

HUELGA GENERAL: 2017 NOS RECUERDA DE 1917

Los movimientos sociales y los sindicatos de izquierda movilizaron a millones de personas en un intento por recuperar la influencia nacional mediante un llamado a la acción en marzo de 2017 y una huelga general en abril. En el 15 de marzo, se convocó una huelga en 25 estados, pero no fue una huelga general. El 31 de marzo, miles salieron a las calles en 23 estados contra el retroceso de las leyes laborales y la ley de subcontratación propuesta por el gobierno de Michel Temer.

En 28 de abril, 40 millones de personas dejaron el trabajo en 130 ciudades en todo el país en la huelga general más grande en décadas. Trabajadores en transporte, bancos, escuelas, universidades, aeropuertos, comercio y fábricas se reunieron en las calles de todos los estados del país junto con movimientos estudiantiles y movimientos sin hogar y sin tierra. Los manifestantes en São Paulo marcharon hacia la puerta de la casa de Michel Temer pero la policía les prohibió la entrada. Los black blocs respondieron dispersándose por toda la ciudad para atacar bancos y tiendas.

La mayoría de las personas que tomaron las calles nunca habían participado en una huelga general con tanto apoyo y movilización. En 2013 y 2014, las oleadas de protestas no se extendieron con tanta fuerza ni tan radical como una crítica. Los anarquistas aprovecharon el momento para refrescar la memoria colectiva del país y conmemorar el centenario de la Primera Huelga General de Brasil en 1917, también conocida como la Huelga Anarquista General. En ese momento, los movimientos y sindicatos anarquistas eran las fuerzas políticas efectivas más grandes del país. Anteriormente, las huelgas se habían limitado a sectores productivos o categorías específicas de trabajadores. Los trabajadores en São Paulo lucharon contra los bajos salarios, contra la jornada laboral de 16 horas, contra los salarios escasos para las mujeres y los niños. Todas estas luchas eran

La multitud durante el funeral de José Martínez, 1917.



Aspecto da multidão que acompanhou o enterro do companheiro Martínez, quando estacionada na rua 15 de Novembro

comunes en ese momento, a que prácticamente no existía legislación laboral.

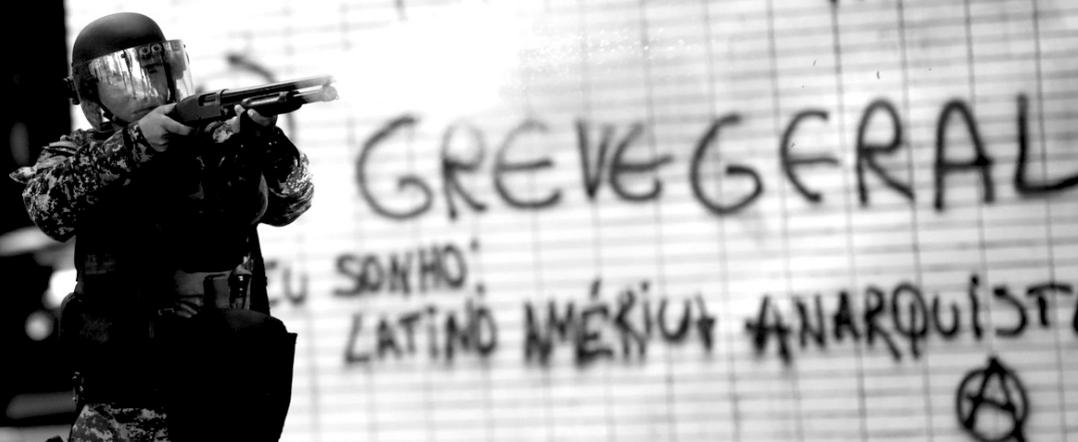
Las huelgas de 1917 empezaron y luego se generalizaron después de la muerte del zapatero español José Martínez. Durante su funeral, 50.000 personas dejaron de trabajar y más protestas tuvieron lugar. Días después, más protestas, mítines y saqueos ayudaron a aumentar el apoyo entre los trabajadores y propagar la huelga en todo el país. Algunas de las demandas fueron parcialmente aceptadas, tales como los aumentos salariales, la reducción de las horas de trabajo, la libertad de asociación, el fin del trabajo nocturno para las mujeres y el fin del trabajo infantil.

Durante la huelga de 1917, las acciones directas fueron poderosas y las confrontaciones fueron feroces. La cifra de muertos por la represión aún es incierta, pero hay indicios de que las fuerzas estatales asesinaron a docenas o incluso a cientos de trabajadores. Después de este período, la represión del sindicalismo revolucionario, de anarquistas y socialistas fue cada vez más brutal. Incluso construyeron una colonia penal para presos políticos que funcionó durante cuatro años. Ubicada en medio de la selva amazónica y conocida como la “Siberia brasileña”, Clevelandia era un campo de concentración para todo tipo de parias en la sociedad, pero era el principal destino de los anarquistas y otros rebeldes encarcelados bajo el régimen del presidente Arthur Bernardes (1922-1926). Domingos Passos, un conocido trabajador negro y anarquista brasileño, el escritor colombiano Bófilo Panclasta y muchos otros nombres famosos son algunos de los sobrevivientes de la prisión Clevelandia, donde cientos fueron llevados a sufrir tortura, trabajos forzados, enfermedades y muerte.

La huelga de 2017 no fue tan intensa ni tan radical como la de hace cien años. No logró hacer que el gobierno retrocediera en sus medidas. Pero reforzó el valor de la acción coordinada entre los movimientos sociales y la importancia de la acción directa. En este nuevo siglo, los anarquistas tienen un largo camino por recorrer para reconstruir una tradición de lucha.

LAS BALAS DE UNA POLICÍA DE ESTADO

El último ejemplo de lucha contra el nuevo gobierno y sus políticas que abordaremos fue el más grande y el más trágico. Cerca de 50.000 personas fueron a Brasilia en el 24 de mayo para protestar por la salida Sr. Temer. La ocasión fue otro escándalo: el presidente Temer había negociado sobornos con



Confrontaciones contra Michel Temer y la policía em 24 de mayo de 2017. Huelga General!" y "Latino América Anarquista!"

el propietario de la JBS, la compañía de carne más grande del país. Esto provocó la confrontación más grande e intensa hasta el momento. Una vez más, la mayor demanda fue que el presidente dejara el cargo y realizara nuevas elecciones directas. Lo que más llamó la atención fue la naturaleza radical de las protestas.

Los manifestantes marcharon hacia los bloqueos policiales que protegen al Congreso alrededor de la una de la tarde. Los miembros de los sindicatos intentaron romper las barricadas y la policía atacó con gas pimienta. La presencia de anarquistas y de los black blocs dio intensidad a los enfrentamientos con las tropas de la Policía Militar y la Fuerza Nacional que duraron más de una hora. Los edificios de ocho ministerios fueron destruidos y dos fueron incendiados; los baños químicos se convirtieron en barricadas, mientras que las piedras, los cohetes y los Molotovs fueron lanzados contra la policía.

Desde los camiones de sonido, los miembros de sindicatos y partidos pidieron a los “camaradas enmascarados” que se calmaran. Pero cuando se dieron cuenta de que el ataque policial no se iba a detener, ellos también comenzaron a invitar a la gente a resistir. Cuando el edificio del Ministerio de la Agricultura fue incendiado, los oficiales de policía empezaron a disparar munición letal a los manifestantes. Un hombre de 64 años recibió un disparo en la cara y sobrevivió con la bala atrapada en la garganta. Un joven perdió la mano debido a la explosión de una granada de concusión de la policía. Al menos 50 personas resultaron heridas, cinco de las cuales tuvieron que ser hospitalizadas. Al menos ocho policías resultaron heridos.

En respuesta, el presidente Temer declaró que las manifestaciones eran ilegítimas y utilizó el decreto de Garantía de Ley y Orden por tercera vez en su gobierno. El decreto, que solo puede ser solicitado por el presidente, convocó a 1300 soldados del Ejército y 200 marines para proteger los edificios públicos de Brasilia durante una semana. Después de la presión popular de los medios, la oposición y de los miembros de la Corte, el presidente revocó el decreto al día siguiente. El daño del vandalismo del 24 de mayo se estimó en 360.000 reales (menos que los 400.000 reales que uno de los dueños de la JBS pagaba al presidente todos los meses como propina).

Las multitudes fueron poderosas y mostraron resistencia. Sin embargo, el estado de excepción se convirtió rápidamente en la estrategia de intervención del estado, ya que las Fuerzas Armadas fueron llamadas a salir a la calle contra un enemigo interno pocas horas después de que la policía abriera fuego contra los manifestantes con munición letal. Afortunadamente, nadie murió en las protestas en Brasilia. Todo esto ocurrió el mismo día en que una operación en la que participaron 30 personas, incluyendo policías civiles, soldados, guardias de seguridad privados y paramilitares, invadieron una granja ocupada por trabajadores sin tierra en Pau D´arco , en el estado de Pará. Torturaron y ejecutaron al menos 11 campesinos y dispararon al menos a 14 en la operación. Los casos extremos de terrorismo de Estado como este son cada vez más comunes en el país, mostrando que los conflictos agrarios están empeorando con las políticas del nuevo gobierno. Hasta la fecha, ningún oficial de policía que disparó a los manifestantes en Brasilia ha sido arrestado; 13 de los policías involucrados en la masacre de Pau D´arco ni siquiera fueron procesados por los tribunales.

En medio de las revueltas de 2013, informamos que en los centros de las ciudades, la policía usaba balas de goma, pero en las periferias de las ciudades y en el campo usaban munición letal. En el 24 de mayo de 2017, sentimos en nuestra piel la prueba de que las balas serían letales en cualquier lugar donde surja la resistencia contra un estado de excepción cada vez más permanente.

7. CONCLUSIÓN: ¡ACCIÓN DIRECTA YA!

NUEVOS TERRENOS, NUEVAS LUCHAS

El terreno ha cambiado una vez más. Las formas de lucha que los movimientos han usado contra el nuevo gobierno muestran cómo las tácticas y las estrategias han evolucionado en los últimos años. Hemos visto innovaciones en los movimientos brasileños desde la oleada inicial de 2013 y 2014. Los movimientos autónomos han contribuido a esta renovación táctica, el mayor ejemplo de ello son las ocupaciones escolares. Sin embargo; a pesar de que obtuvo algunas victorias menores en las reformas del gobierno en São Paulo, esto no fue capaz de detener las enmiendas de la administración Temer ni sus políticas de austeridad. Una forma de lucha puede tener éxito durante un año, pero nada garantiza que continuará sirviendo en nuevos contextos, independientemente de cuán inspiradora y poderosa fue la experiencia inicial.

Aún así, la ocupación parece ser la táctica que ha sido más efectiva para producir un grupo colectivo de apoyo mutuo y autonomía. Los principios fundamentales del movimiento estudiantil fueron los mismos que se generalizaron en 2013: acción autónoma, toma de decisiones horizontal y unidad política de los partidos estudiantiles y los movimientos vinculados a ellos. Sin embargo las tácticas que aparecieron durante las ocupaciones fueron diversas y cambiaron rápidamente según el contexto de una manera sin precedentes. Lo que comenzó como una ola de descontentos en las redes sociales se convirtió en un movimiento con marchas y ocupaciones que se extendieron rápidamente. En el medio de la lucha, era común que las personas dejaran las ocupaciones para celebrar mítines, protestas y bloqueos de carreteras, y para organizar lecciones públicas y eventos en las escuelas o en las calles. En 2015 y 2016, las ocupaciones lograron crear un nuevo espacio político dentro de las escuelas, con estudiantes organizando clases, limpieza, jardinería, cocinando, resolviendo conflictos y compartiendo métodos para lidiar con la violencia policial, todo mientras daban un nuevo uso a una estructura creada para controlar y dar forma a la nueva fuerza laboral. Incluso cuando nuestras demandas específicas no se cumplen, podemos experimentar la victoria en ocasiones cuando la autodeterminación y las actividades radicales reciben apoyo de la comunidad para mantener el espacio y resistir a la policía.

Los estudiantes rápidamente reconocieron quién estaba realmente de su lado y quiénes solo querían sacar provecho de sus dificultades. Los sindicatos estudiantiles que sirven como una plataforma electoral para los jóvenes de los partidos no pudieron hacerse cargo de las ocupaciones y liderar un diálogo de paz con el gobierno. Los grupos de derecha que intentaron infiltrarse en las escuelas para difundir su agenda

o sabotear las ocupaciones fueron desterrados y se les dijo que nunca regresarán. Era necesario ocupar no solo las estructuras físicas, sino también el tiempo y las relaciones que hacen que esas estructuras funcionen. Al establecer relaciones radicales y horizontales, demostramos en la práctica que nuestros objetivos y nuestras formas de luchar por un mundo mejor pueden superar la polarización superficial entre la izquierda y la derecha que domina la prensa, las redes sociales y nuestra vida cotidiana.

Existe un tremendo potencial revolucionario en la ocupación de edificios y espacios públicos o cualquier pedazo de tierra o infraestructura de capital. Además de alterar y modificar la función de las herramientas del poder productivo y la opresión política, usar estas estructuras para organizar nuestros movimientos, incluso por un tiempo limitado, puede ser una gran oportunidad para alimentar formas revolucionarias de lucha y organización. Esto puede impulsar la acumulación de experiencia, conocimiento y recursos para futuras luchas. Algunos de los estudiantes que comenzaron las ocupaciones escolares en 2015 y 2016 tuvieron algunos contactos e influencia de los movimientos autónomos de 2013, como el MPL (Movimiento de Pase Libre). Pero, en general, los movimientos estudiantiles no tuvieron éxito debido a movimientos o fiestas tradicionales, ni siquiera movimientos autónomos que se habían organizado juntos durante más de una década, que habían sido la base del movimiento en 2013. El movimiento estudiantil fue creado por el poder de imaginación e innovación de jóvenes de 13 a 18 años, la mayoría de los cuales nunca había participado en ninguna protesta o movimiento social. Fue la sangre nueva y la capacidad de imaginar lo inimaginable lo que fortaleció el movimiento y atrajo la solidaridad de todo el país.

Por otro lado, nuestros enemigos políticos más nuevos, la derecha conservadora y neoliberal, también se beneficiaron de la renovación de sus tácticas. Estas fuerzas fueron dirigidas por jóvenes que estaban en las calles al mismo tiempo que estábamos en 2013. Al usar las redes sociales y establecer alianzas políticas con partidos e instituciones internacionales, pudieron ganar influencia al cooptar el descontentamiento de la juventud y de la clase media. Tenemos que superar nuestros propios límites, pero también observar cómo están surgiendo los movimientos rivales para garantizar que nuestras tácticas y visiones sean más atractivas que la promesa de seguridad y prestigio del consumidor que ofrece la derecha.

MÁS ALLÁ DE LA POLARIZACIÓN

A medida en que se acercan las elecciones presidenciales de 2018, algunas partes de la izquierda intentaron nuevamente vendernos la imagen de Lula como el salvador de los pobres. Ahora más que nunca, necesitamos rechazar ese tipo de narrativa. El PT no es una solución para los problemas del capitalismo. Las elecciones no nos garantizarán nada. La reconciliación de clase que el PT organizó para mantener a los ricos a cargo de la economía y el golpe parlamentario que

derrocó a Dilma demostraron más allá de toda duda que la votación es impotente cuando la oligarquía está decidida a tomar el control del Estado.

Hay poca diferencia entre cómo la izquierda y la derecha tratan a los pobres: ambos creen que las periferias son refugios de violencia, tráfico, crímenes y cuerpos desechables. Las únicas instituciones estatales realmente presentes en esas áreas son la policía y el ejército. La innovación del PT y de la izquierda latinoamericana es combinar simultáneamente la represión armada con los programas sociales. Programas como Bolsa Família son compatibles con operaciones de pacificación y militarización en las favelas, una forma común de contrainsurgencia preventiva. Los programas sociales incluyen a los pobres en la sociedad de consumo y la represión policial en las comunidades actúan de la misma manera que los movimientos que apuntan a evitar que los pobres creen autonomía, aparte del estado y del mercado. El gobierno mexicano hizo lo mismo cuando los zapatistas construyeron escuelas en las ciudades pobres: en lugar de construir escuelas donde no las había, el gobierno decidió competir construyendo escuelas solo en las mismas ciudades que los zapatistas. Ofrecieron techos de chapa metálica como un incentivo para las familias que optaron por poner a sus hijos en las escuelas estatales. Tanto la derecha como la izquierda saben que cuando ignoras la pobreza, esto finalmente dará lugar a levantamientos organizados.

Las líneas divisorias entre la derecha y la izquierda ocultan lo que es similar en ambos proyectos políticos. El PSDB generalmente se ve como un proyecto de la derecha, a causa de ser el principal rival del PT. Pero esta polarización oscurece el hecho de que hay muchas más similitudes entre estas dos partes de lo que ambos quisieran admitir. Aunque el PT surgió de un movimiento con una amplia base de apoyo popular, ambos tuvieron sus orígenes en proyectos socialdemócratas similares y, finalmente, ambos se convirtieron en servidores de las élites. El PT ha mantenido relaciones con los movimientos sociales y los sindicatos incorporándolos a su gobierno, mientras permanece básicamente aliado con las élites industriales del sudeste del país. Sin embargo, fue el ex presidente Fernando Henrique quien propuso la implementación de los programas de transferencia de renta que más tarde se transformaron en Bolsa Família. En 2003, el PSDB publicó una queja formal por haber sido impedido de participar en el XXII Congreso de la Internacional Socialista celebrado en São Paulo. Incluso el más conservador de la derecha considera que el PSDB es el “izquierdo de la derecha”.

La misma corrupción también estuvo presente en los gobiernos de izquierda. Las investigaciones de la Lava Jato (a nivel nacional) y el escándalo de los Papeles de Panamá (a escala mundial) muestran lo que los anarquistas siempre han intentado aclarar: desde sus raíces, el capitalismo y el estado están organizados por mafias autoritarias corruptas. Su poder y existencia dependen de relaciones ilegales, sobornos, tráfico de drogas, fraude fiscal y lavado de dinero. Dependen de estos crímenes mucho más de lo que dependen de la votación y las elecciones democráticas. En un país como Brasil, donde los gobiernos elegidos nunca han sido estándar, donde los golpes y las dictaduras son la regla, esto se vuelve más obvio. Al mismo tiempo, este contexto puede ofrecer un terreno fértil para el fascismo y el terrorismo de estado.

Esto nos lleva a otras preguntas: ¿qué deberíamos hacer cuando crecen los discursos de extrema derecha en un país en medio de una guerra civil no declarada? No hablamos de guerra civil como una metáfora, como les gusta a los estudiantes de la filosofía francesa. Estamos hablando de un estado de sitio en el Tercer Mundo, algo que los rebeldes de los países del norte solo han probado brevemente. La Policía Militar del estado de São Paulo mató a 459 personas en el primer semestre de 2017, la mayor cantidad en 14 años. En el mismo período de tiempo en 2017, la policía en todo EEUU mató a 624 personas. Hubo más muertes violentas en Brasil que en las 12 zonas de guerra más grandes del mundo entre 2004 y 2007. Para 2015, el número de muertos en Brasil era más alto que en la guerra en Siria. En agosto de 2017, un periódico corporativo vinculado a los monopolios mediáticos creó una junta editorial de guerra para abordar la crisis de seguridad en Río de Janeiro: “Esto no es normal”, denunciaron los periodistas mientras cubrían el conflicto entre facciones enfrentadas y la violencia contra la población en general. Este es probablemente el primer periódico en el mundo en crear un comité editorial de guerra en un país que no ha declarado ni reconocido oficialmente una guerra civil. Si los fascistas toman las instituciones que ya están perpetrando violencia extrema contra la población, los resultados podrían ser catastróficos.

Los gobiernos elegidos con programas de izquierdas y con el apoyo de los movimientos sociales tradicionales en Latino América están perdiendo influencia, dando lugar a alianzas con nuevas fuerzas neoliberales que a su vez rechazan los pactos con la izquierda. La opinión pública parece ya ha dado una oportunidad a los procesos democráticos y electorales a la izquierda, a la cual derrocharon. Episodios como la acusación en Brasil pueden ser solo el primer paso de un avance de derecha que durará en los años venideros. El neoliberalismo ganó una batalla llevando a cabo el golpe que sacó al PT de la presidencia, pero las elecciones presidenciales de 2018 verán a la derecha buscando consolidar su retorno vendiendo su proyecto en las urnas. El nombre más grande de esta nueva cara del neoliberalismo es quizás João Dória, el alcaide y “CEO” de São Paulo. Pero también está Jair Bolsonaro, el diputado y oficial militar que apoya a las dictaduras de Brasil y Chile, y defiende el uso de la tortura y la pena de muerte. Él ya ha declarado que si es elegido, el congreso se disolverá y habrá un golpe. Bolsonaro ocupa el segundo lugar en las encuestas con un 16% de apoyo electoral, solo detrás de Lula. El ejército notoriamente racista, homofóbico y sexista que ha prometido usar es una gran amenaza para todas las minorías y movimientos sociales, ya que propone declarar la guerra a tales grupos para acabar con los territorios indígenas y los quilombolas. Este es otro ejemplo de discurso de odio y fascismo brasileño que la derecha cultivó durante las protestas exigiendo la destitución de Dilma.

Cuando el discurso del odio se usa contra las minorías y los pueblos empobrecidos que se benefician de los programas sociales, una parte considerable

de la sociedad está de acuerdo con los líderes conservadores y su demanda de un estado policial. En esta situación, los anarquistas se enfrentan al desafío de mostrar que hay otras posibilidades.

Está claro que los movimientos que apoyan a tales candidatos ya han renunciado a la posibilidad de construir un poder colectivo. Estos movimientos quieren entregar el control de las instituciones políticas a dictadores como los que asumieron el cargo en 1964. Con cada crisis y escándalo, estas instituciones se vuelven más y más fuertes. Una dictadura puede ser peor que una democracia; un gobierno explícitamente neoliberal que llega al poder mediante el uso de un estado de excepción podría ser aún peor que la socialdemocracia del PT. Pero no debemos dejar dudas: estamos en contra de ambos.

La oposición real de fuerzas en nuestra sociedad no es solo lo correcto contra la izquierda, o la democracia social contra el imperialismo neoliberal. Estas son oposiciones superficiales que crean falsas dicotomías entre grupos que tienen orígenes comunes y agendas similares, grupos que trabajan juntos para mantener el control y los privilegios de las mismas clases de gobernantes y empresarios. La única oposición que puede marcar la diferencia en las luchas sociales es la que existe entre los gobiernos y la libertad de todas las personas: entre el control y la autodeterminación; entre representación y autonomía; entre la jerarquía y la anarquía. En un momento en que es normal que los jóvenes de clase media sientan que ser rebelde es principalmente una tendencia derechista, la cuestión es cómo participar en las luchas sociales de nuestro tiempo de una manera que establezca nuestra posición como anarquistas que están en contra de cualquier tipo de gobierno.

¡ACCIÓN DIRECTA YA!

En respuesta a los carteles que piden “Elecciones directas ya”, afirmamos que nuestra mejor opción es tomar medidas directas ya. Ocupar, amotinar, saquear, organizarnos para construir estructuras económicas y políticas que garanticen la autonomía. Al mismo tiempo, debemos tratar de difundir tácticas, estrategias y objetivos que nos fortalezcan como comunidad y nos liberen del control del estado y del mercado.

La relación entre la acción directa y la política radical no siempre es obvia. Como anarquistas, debemos esforzarnos para que esta relación sea explícita siempre que sea posible. Los partidos y los movimientos surgieron después de 2013 con la idea de restaurar las políticas electorales y poner “representantes reales” de las minorías en el gobierno. Lo hicieron usando consignas como “horizontalidad”, “autonomía” y “sin partidos políticos”. Estas palabras se hicieron famosas porque fueron los principios fundamentales de los movimientos autónomos que iniciaron los levantamientos en 2013. Justo cuando Syriza empezó a ser pequeña y obtuvo apoyo como el único partido que no condenó las protestas violentas en Grecia en 2008, estos movimientos utilizaron la misma



¡Barricada, Huelga General: acción directa que derriba el Capital!

terminología que se hizo popular con los nuevos actores políticos en las calles de Brasil, las partes de la población recién politizadas. Pronto “ocupar todo” se convirtió en “Ocupar las elecciones”. Los movimientos sociales tienden a confiar en lo que les resulta familiar cuando se dirigen a la opinión pública, por temor a aislarse a sí mismos como “demasiado radicales”. Incluso los anarquistas lo hacen cuando usan los discursos democráticos y metodologías como la “democracia directa”, como si esto llevara necesariamente a la anarquía algún día. Confiando en lo que es familiar, adoptan un tono populista que se digiere fácilmente, y olvidan que si acracia (falta de poder coercitivo) fuera el mismo que democracia (el poder coercitivo de un grupo o la mayoría sobre el resto), no necesitaríamos de dos palabras distintas.

Entendemos que ni todos optarán por luchar contra el gobierno y el capitalismo de manera radical. Necesitamos aprender cómo involucrarnos e incluso luchar codo a codo con los reformadores y aquellos que apoyan a los partidos gubernamentales como el PT. Pero no podemos olvidar nuestra posición, ni debemos dejar de señalar los problemas sistémicos e históricos con las instituciones con las que luchamos. Cuando percibimos una crisis de representación, debemos aprovechar esta oportunidad para promover la incredulidad en los políticos y sus instituciones como un todo, en lugar de buscar formas de asumir sus posiciones para regenerar la democracia burguesa. Si no podemos ganar victorias presentando demandas, al menos deberíamos aprovechar las protestas callejeras y los conflictos con las autoridades para ocupar espacios en los que podamos trabajar con otros para desarrollar habilidades sociales revolucionarias.

Nadie dijo que esto sería fácil, o que solo unas pocas manifestaciones destruirían el estado y el capitalismo. No podemos esperar repetir 1917 o 2013 simplemente imitando lo que funcionó en el pasado. Es posible que no podamos hacer mucho para influir cuando ocurran grandes trastornos, pero siempre podemos estar preparados para cuando lo hagan. A medida que los movimientos contra el aumento de las tarifas de transporte público en 2013 mostraron, el sistema aprende a lidiar con nuevas formas de lucha. Tenemos que superar constantemente al estado para adelantarnos al proceso de cooptación. Nos darán reformas para calmar nuestra ira y sacarnos de las calles; escucharán nuestras opiniones e incluso aceptarán a algunos de nosotros en sus gobiernos para que podamos sentir que el sistema también nos representa. Pero no debemos contentarnos con la inclusión o la reforma. Nuestro objetivo es ocupar, resistir y organizarnos para aumentar nuestro poder colectivamente contra todas las formas de control y opresión. Ya sea que se trate de un gobierno electo o un gobierno implementado por un golpe, ningún gobierno es una opción; ningún gobierno es legítimo a nuestro juicio.

Las dictaduras son peores que las democracias, al igual que los golpes son peores que las elecciones. Pero cualquiera que sea el escenario, debemos ser ingobernables.



¡Que se vayan todos!

La oposición real de fuerzas en nuestra sociedad no es solo lo correcto contra la izquierda, o la democracia social contra el imperialismo neoliberal. Estas son oposiciones superficiales que crean falsas dicotomías entre grupos que tienen orígenes comunes y agendas similares, grupos que trabajan juntos para mantener el control y los privilegios de las mismas clases de gobernantes y empresarios. La única oposición que puede marcar la diferencia en las luchas sociales es la que existe entre los gobiernos y la libertad de todas las personas: entre el control y la autodeterminación; entre representación y autonomía; entre la jerarquía y la anarquía. En un momento en que es normal que los jóvenes de clase media sientan que ser rebelde es principalmente una tendencia derechista, la cuestión es cómo participar en las luchas sociales de nuestro tiempo de una manera que establezca nuestra posición como anarquistas que están en contra de cualquier tipo de gobierno.

